



Hace algunos días Roberto Flores Álvarez volvió a salir a pasear por las calles de sus ciudades bien queridas. Lo recordaron en un afán de dar forma en bronce a su imagen inconfundible y porque los actos nacionales del Día del Minero conjugaron una vez más sus versos que ya son inmortales.

Meses antes de que se apagara su luz física, solíamos sentarnos a conversar y explorábamos sus recuerdos de niñez en la ciudad de Valledupar. Tenía memoria privilegiada para recordar hechos gratos. Nunca una mala palabra ni un mal juicio.

Esa circunstancia me llevó a ir escribiendo sus "Recuerdos de Sesenta Años", que quizás algún día pueda presentar de modo íntegro en un trabajo más amplio.

Por ahora... aquí está su voz, evocando mineros, políticos y gentes de su tierra justo en el instante que nos vemos a encontrar circunstancialmente y a reír de buena gana. F.M.A.

RECUERDOS DE 60 AÑOS

La ciudad era en sí un mundo por su aislamiento. Estaba unida al norte y sur por tren y caminos. El primero ofrecía la posibilidad tras largos preparativos; el segundo, la perspectiva de quedar sumergido en los arenales por donde iban seguras sólo las cabalgatas.

El pueblo mantenía su hechura primitiva. Calles bien trazadas y proporcionales, con el corazón en su plaza. Casas bajas; no más de 6 con dos pisos. Eran viviendas de adobes y paredes empastadas sobre cañas o churquis, techos de zinc y paredes blancas o amarillas. Ninguna coloración discordante, como siguiendo la poesía natural del paisaje.

La dinámica ciudadana se concentraba en un activo comercio, de buen surtido y posibilidades. A él llegaba la peonada de las grandes haciendas de entonces: La Compañía, Atacama, Ventanas, entre otras, ora en bríos corceles ora en pesadas carretas que no dañaban un bien cuidado piso. Si bien éste y las aceras seguían siendo de tierra, existía una constante preocupación por pasar rodillo y mantenerlas limpias.

Si no campesinos, era el amplio contingente minero el que bajaba hasta la ciudad para aprovisionarse. Su presencia era conocida en el vestir.

Cubrían sus cabezas con bonetes puntiagudos y pespuntados, el torso cubierto con camisas rayadas, que procuraban lucir limpias, pues nunca llevaban paletó; una faja multicolor apretaba el pantalón y sobre éste el culero, que a mejor piel y sobado otorgaba más prestancia. De calzado un par de sólidas chalas que dejaba al aire gran parte del pie.

Cruzado, a la bandidera, un pellejo, a modo de mochila, para llevar o cargar sus compras. Tanto de uno y otro sector había respeto y paso tranquilo, lo que encontraba amplia reciprocidad entre los 7 mil habitantes que desenvolvían sus vidas cotidianas en los sombrados huertos interiores de cada solar. Este sitio se dejaba sólo en domingo, para cumplir el sacrosanto llamado a Misa —asistía todo el pueblo— y más tarde al paseo por la plaza.

¡La plaza! Allí ocurría todo. Las fiestas, los meetings, desfiles, negocios y hasta litigios. Su perímetro estaba circundado por unos maderos pimientos que daban permanente sombra al bronce erigido en homenaje al fundador de San Ambrosio.

La religiosidad era manifiesta pese a las tendencias radicales que predominaban en el valle. Este sentir piadoso se hacía presente cada año, cuando la ciudad prácticamente se desbordaba valle arriba, en busca de El Tránsito, donde la Virgen del lugar daba pauta para fiesta grande.

Más mundana era la Fiesta Estudiantil, preludio de las que más tarde fueron las de la Primavera.

UNA GRAN TRISTEZA

En 1922 sufrimos la más grande de las tristezas. Un violento terremoto destruyó gran parte de la ciudad y dejó 700 muertos.

Era Presidente de la República don Arturo Alessandri, quien impactado abordó el buque insignia de la Armada y navegó desde Valparaíso a Huasco, para desplazarse a Valledupar en tren.

Le recuerdo en el tabladillo de la plaza mirando, junto a sus ministros, una masa dolorosa... Nadie expresaba nada. El silencio parecía cubrir al conjunto. De pronto se alzó una voz huasquina:

— ¡Qué hable el León!

Don Arturo, aspiró, echó mano al bolsillo y sacó un pañuelo, respondiendo: — "Hombre, no son momentos de hablar, sino de orar y llorar". Acto seguido enjugó sus ojos y el pueblo entero estalló en llanto.

La tragedia no amilanó el espíritu valleduparino. Muy pronto volvimos a los afanes habituales y la plaza dio pie para que siguieran realizándose actos de diversos jaez.

Así fue como un día, por la tarde, se oyó el llamado de un grupo que apoyaba la candidatura de un aspirante a diputado del partido pelucón.

Debí recurrirme al llamado de viva voz porque los diarios de la ciudad, "El Trabajo", "Eco del Huasco" y "El Noticiero Huasquino", por ser contrarios, lo mantenían en el más completo olvido.

Por eso el futuro tribuno centró su discurso en tal suceso, anunciando a todo pulmón:

— Cuando sea diputado, lo primero que haré aquí, será instalar un diario, para que se conozca la verdad.

Entre los oyentes se ubicaba un cazurro tabalartero de apellido Traslaviña, que haciéndose el de las chabras, le gritó: — ¿Y quién escribe?—.

El orador respondió presto: — Yo, porque también soy periodista—. A lo que Traslaviña retrucó rauda: ¿Y quién te corrige? Una sola carcajada y diversas cuchufletas pusieron punto final a la proclamación y cierre inmediato del acto.

ERA UN GRATO OASIS

Valledupar era un grato oasis. Su gente, de trato amable y fácil, no aceptaba divisiones acen-tuadas. Todo se llevaba con tranquilidad y humor. Hasta las diferencias con los vecinos de Freirina, de quienes se decía que sólo dio a Chile: tinterillos. No hubo en el norte mayor cantidad de hábiles defensores sin título que los que provenían de la señorial Santa Rosa. Los viejos decían que todo era porque a los niños, cuando nacían, se les bañaba en tinta y luego secaban con el cuero de una tapa de código.

Un olvidado poeta de la ciudad, Jacobo de Geiter, popularizó un soneto que se refería al asunto en gracioso remate:

Sentada está Freirina en sus faldeos,
como antigua señora encopetada,
buena moza, atrayente, acicalada,
con el premio gordo en el sorteo.
Miente quien dice que este pueblo es feo,
el jardín de su plaza la ha hermosado,
bellas sus portales y sombrados,
la avenida mantenida, es un esmero.
Aquí rinde homenaje muy profundo,
al decir freirinese de una vieja,
que aquí vienen los niños a este mundo
al primer otroñal atado el lazo,
la pluma sostenida tras la oreja,
y el código sujeto bajo el brazo.

Las diligencias de más de un picapleitos tuvo a mal traer juriconsultos de Valledupar y La Serena llegando —incluso— a ganar alegatos ante la Corte.

De haber actuado en la ciudad capital del Huasco, quizás si también habrían ganado la famosa pugna que se sostuvo cuando —a menos de mis recordados 60 años— se colocó en la Plaza de Armas la imagen de la Vendimia, del coteráneo Carocca Lafflor.

¡Qué de rubores y alegatos! Para las damas de mayor prosapia resultaba imposible aceptar la voluminosa desnudez del mármol. El arte podía ser uno, pero el "piluchismo" era otra cosa y la "mona calata" —como atinaban a llamarla—, debió salir del lugar e irse a la Alameda, cerca del río, más en consonancia con su aire de fresca y golosa doncella.

Cuando viajó a su lugar definitivo las minas de plata de Agua Amarga ya no se explotaban, había pasado la fiebre de la apatita y en el horizonte huasquino comenzaba a perfilar la imagen del hierro. Otra etapa empezaba. La mía comenzaba a ser recuerdo.

Recuerdos de 60 años. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1985

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Recuerdos de 60 años. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile